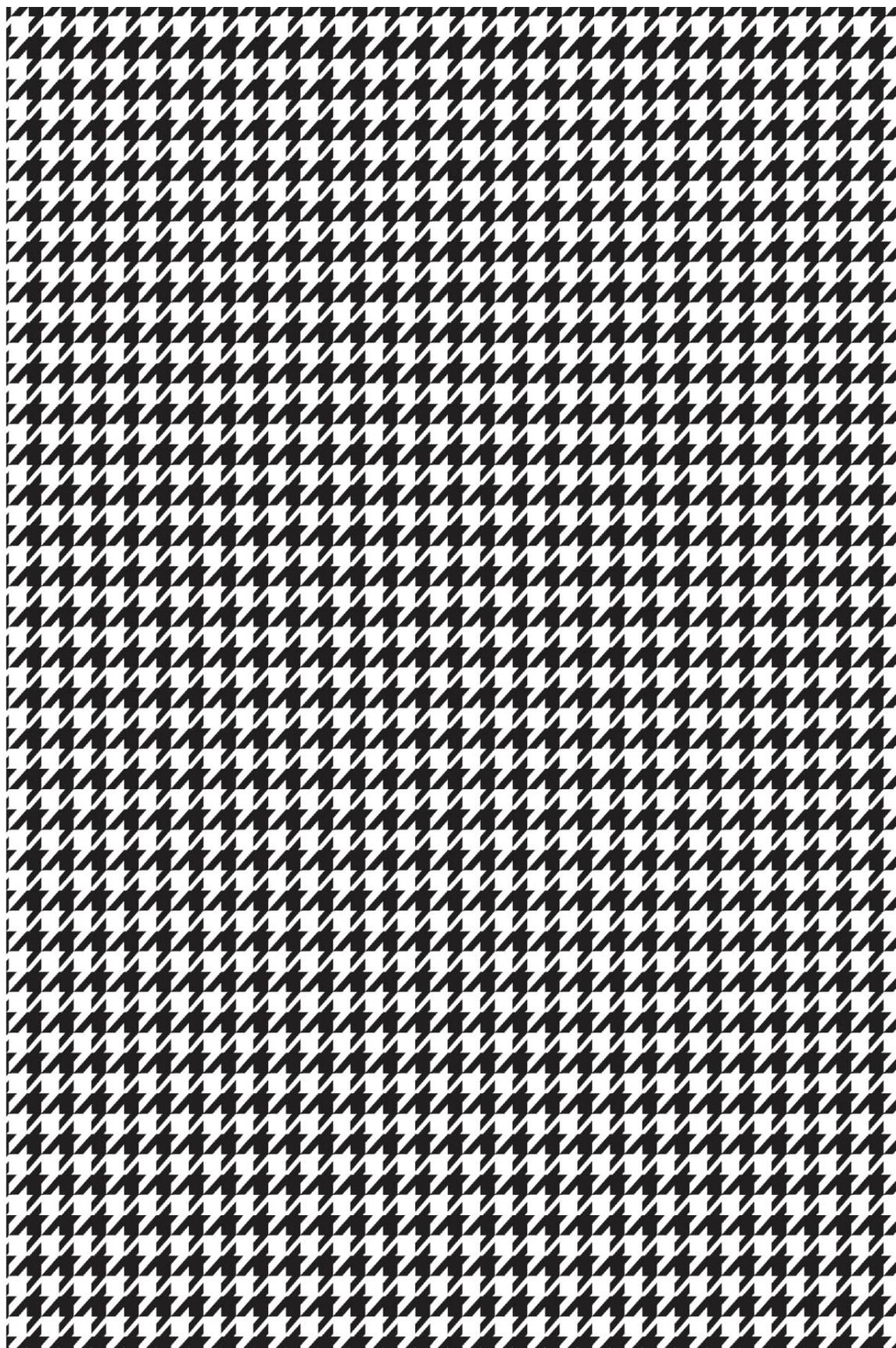
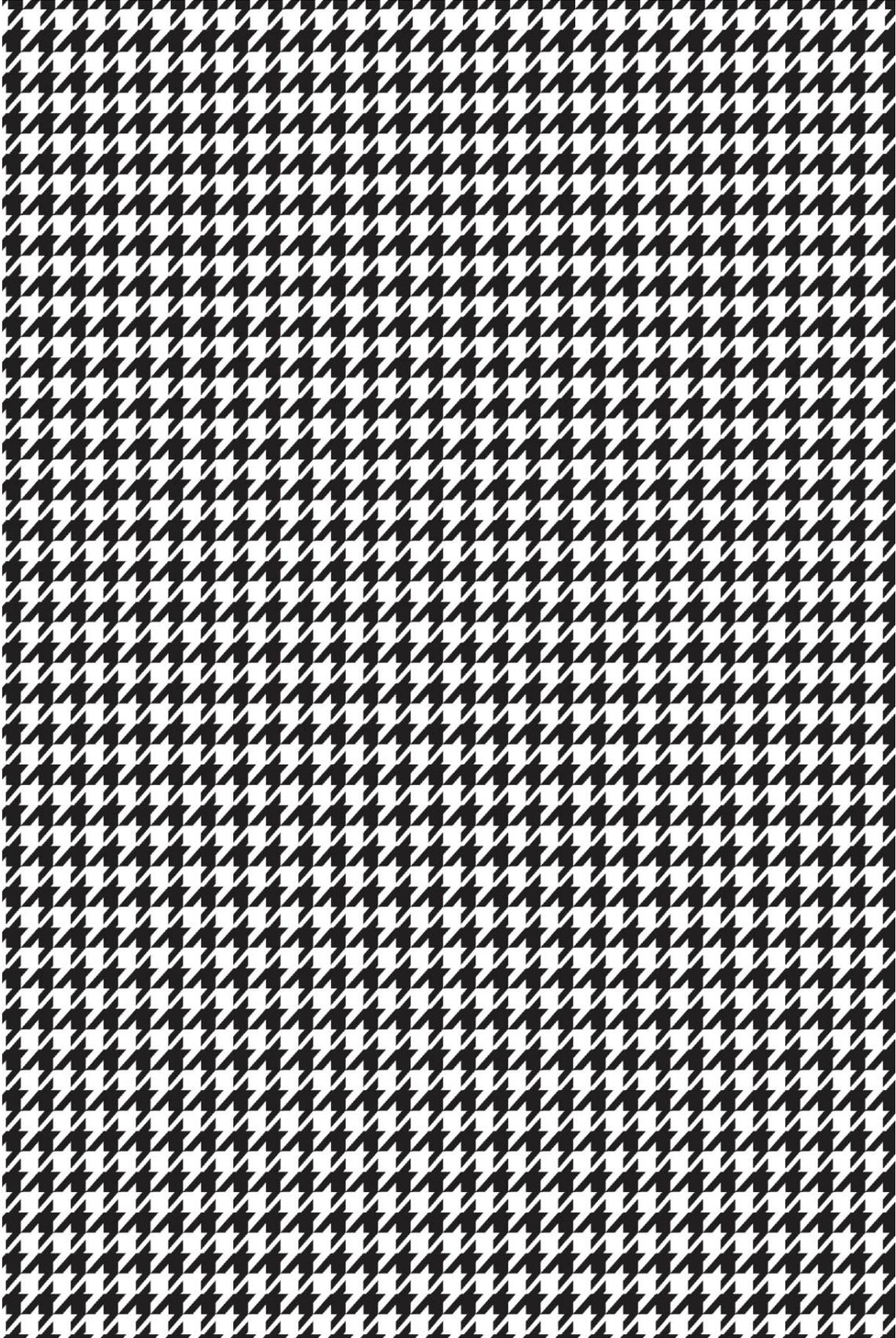


Lodo

Julen Azcona





Lodo

Editorial Dos Bigotes

Lodo

Julen Azcona



Primera edición: noviembre de 2021

LODO © 2021 Julen Azcona

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.
Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es

Edición, corrección e ilustración final: Rubén Gómez Vacas

ISBN: 978-84-124023-1-5
eISBN: 978-84-124023-9-1
Depósito legal: M-27403-2021
Impreso por Ulzama
www.ulzama.com

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Lodo* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Contenido

PRIMERA PARTE

Kapitel 1

Kapitel 2

Kapitel 3

Kapitel 4

Kapitel 5

Kapitel 6

Kapitel 7

Kapitel 8

Kapitel 9

Kapitel 10

Kapitel 11

Kapitel 12

Kapitel 13

SEGUNDA PARTE

Kapitel 1

Kapitel 2

Kapitel 3

Kapitel 4

Kapitel 5

Kapitel 6

Kapitel 7

Kapitel 8

Kapitel 9
Kapitel 10
Kapitel 11
Kapitel 12
Kapitel 13
Kapitel 14
Kapitel 15
Kapitel 16

TERCERA PARTE

Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
Kapitel 6
Kapitel 7
Kapitel 8
Kapitel 9

CUARTA PARTE

Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
Kapitel 6
Kapitel 7
Kapitel 8
Kapitel 9
Kapitel 10
Kapitel 11
Kapitel 12
Kapitel 13

Kapitel 14

QUINTA PARTE

Kapitel 1

Kapitel 2

Kapitel 3

Kapitel 4

Kapitel 5

Kapitel 6

Kapitel 7

Kapitel 8

Kapitel 9

Kapitel 10

Kapitel 11

Kapitel 12

Kapitel 13

Kapitel 14

Kapitel 15

Kapitel 16

Kapitel 17

Kapitel 18

Kapitel 19

Kapitel 20

SEXTA PARTE

Kapitel 1

Kapitel 2

Kapitel 3

Kapitel 4

Kapitel 5

EPÍLOGO

A mis padres.

A mi hermana Iratxe.

PRIMERA PARTE

1

Verás, yo estaba sinceramente convencido, aquel pegajoso verano de 2018, de que a mis veintidós años la vida era *eso*. De que había llegado al tope de mi realización humana y era incapaz de enamorarme. Es algo que jamás me he atrevido a decir en voz alta —y menos usando ese término, «enamorarme», que suena tan hortera dicho así fuera de contexto—, tú eres el primero que me lo oye y tiene gracia que lo seas, dada tu condición y precisamente viniendo de mí. Probablemente no te parezca justo que lo diga. ¡Qué digo! Nada de esto te parecerá justo. O comprensible. ¿Me equivoco? Y menos aún que yo esté aquí hoy contigo. Pero si dejas que me explique sabrás a qué me refiero cuando digo lo que digo sobre mi verano del dieciocho.

Tú llevabas un tiempo ya en la cárcel de Los Recodos (¿cuánto haría, cinco años desde que te detuvieron?; año arriba, año abajo). Yo había vuelto de Barcelona al pueblo hacía menos de tres semanas, recién acabado el grado en Periodismo, para cubrir la baja de Laura Íñigo en *La Gaceta de Ariza*. Iba a ser solo por un par de meses, por eso había

aceptado el trabajo en cuanto me llamó El Nieto para ofrecérmelo, el mismo día de mi graduación, con esa voz tan suya como de bronquítico terminal y cuchillos afilándose. Por eso y porque pensé que les jodan, ¿sabes? Aquí está vuestro sobrino, el perroflauta, volviendo al pueblo con un contrato bajo el brazo. En toda la cara. Claro que, si hubiera sabido todo lo que vino después, estás tú que digo yo que sí a ese impostor y a su tropa.

«Estaré de vuelta antes de que termine septiembre y todo será como antes», les dije a mis amigos de allá, y tuve que ignorar la cara de Ivet Pedrero, esa ligera arruga que se le marca sobre la ceja izquierda cada vez que recibe cumplidos vacíos. Qué rabia me dio, y más ahora que sé que estaba en lo cierto. No sé si volveré a pisar Barcelona alguna vez, pero te digo una cosa, ni se me ocurriría llamar a Ivet o a ninguno de esa panda de esnobs. Es oírles hablar del cuarto poder y... te tienes que reír.

No soy como ellos, y menos aún aquel agosto en el que la cabeza estaba a punto de estallarme por pura resaca postuniversitaria. ¡Contrastar datos...! ¡Democracia...! ¡Investigación...! Se les llenaba la boca de idealismos y proyectos y, en fin, ganas de hacer algo, y a mí todo aquello me parecía estupendo pero me resultaba agotador y no hacía más que aumentarme la presión en el pecho. Es difícil construir un futuro de posibilidades, o simplemente pintarrajarlo en una servilleta de bar de carretera, si no crees en la posibilidad más primaria de todas, la de querer a otra persona. A veces se me hacía difícil disfrutar hasta del sexo porque mi mente estaba en otra parte, concentrándose precisamente en gozar, en que el instante hiciera mella en mí, y a la vez resignándose al saber que no iba a pasar.

Para que te hagas una idea, recuerdo a Antoni Rovira, el gafapasta que trabajaba después de clase en el servicio de

préstamos de la universidad, con el que me había tocado de pareja en el karaoke de la fiesta de cumpleaños de María Canalda. El chico era lo más parecido a la perfección, en todos los sentidos imaginables, y se ponía todo serio tratando de no ahogarse cantando una de La Oreja de Van Gogh mientras zarandeaba el micrófono como si tuviese que darle tiempo después a recorrer cuatro bases. Nos liamos esa noche y, únicamente por no volvérmelo a cruzar en lo de los préstamos, grabé las partes audiovisuales de mi TFG con el móvil.

Es solo un ejemplo, pero la cosa es que yo creía en muy pocas cosas cuando aterricé por inercia en aquel puesto de periodista local, a diferencia de mis compañeros de clase y su éxtasis *jordievoleano*. Afortunadamente o por desgracia, todo eso cambió cuando conocí al viejo O'Malley y empezaron a suceder cosas inusuales.

2

O'Malley, por supuesto, no es su verdadero nombre, pero hay quien prefiere usar seudónimos para hablar de ciertas personas delante de ciertas otras, y yo soy uno de esos, sobre todo después de todo el fuego y la rabia que arrastró aquel verano del infierno. Pero para que lo entiendas deberíamos empezar por el funeral, aunque en mi cabeza todo sucedió a la vez. El incendio, la usurpación, los crímenes. Y las dos terribles sequías: la que afectaba a todo el país y especialmente a regiones norteñas como la nuestra, agrícolas y ganaderas y dependientes del clima húmedo y fresco; y la otra, la que me convirtió en una especie de mendigo sexual.

A Laura Íñigo la enterraron un jueves de mercado y de nubes grises, falsas anunciadoras de tormenta. El calor era insoportable y la ausencia de viento y lluvia era tan diabólica que parecía que los árboles iban a echar a correr en fila india en dirección al río. Recuerdo el sudor. En mis brazos, recorriendo mis piernas. Nadie en la pequeña ciudad de Ariza-Lenea —o en el pueblo, porque era un

pueblo, aunque sus habitantes se aferrasen al distinguido título de ciudad, y de capital de Merindad, como a un clavo ardiendo— estaba preparado para una aridez semejante, y menos en aquella jornada de luto y compostura que se avistaba tan abarrotada como la última Feria de las Veinte Denominaciones.

La imagen era para enmarcarla. A la casona de los Íñigo acudió todo aquel que era alguien. Las condolencias de médicos, abogados, comerciantes, funcionarios y miembros de la corporación municipal llenaron de murmullos la entrada, donde, como era tradición, se exponía el ataúd abierto para que quien quisiera pudiera entrar a despedirse de la difunta y criticar de paso lo mal que la habían maquillado los de la funeraria. Mientras un panel de bigotes brillantes, manos sujetas a abanicos y primeros botones de camisa desabrochados arramplaban con el café, el queso y el moscatel y compartían batallitas egocéntricas al hilo de las entrevistas que Laura les había hecho en vida, el jaleo se concentraba en la planta primera, en las habitaciones, la cocina y la sala de estar. Allí llevaban despiertos familia y amigos más de veinticuatro horas, turnándose entre afrontar el duelo y la tarea de bajar a recibir nuevos vecinos, entretener a los ya presentes y mantener vivo el sencillo pero digno suministro de víveres.

A las siete de la tarde se sumaron, cuando el ataúd se trasladó en comitiva hasta la iglesia, los fieles que no se perdían una misa y también otros estratos de la sociedad ariceña-leneana que, aunque no conocían a Laura (la leían cada día, pero nadie se detiene a reparar en la firma de la noticia), estaban igualmente impactados por el desgraciado accidente que había acabado con la vida de una vecina de treinta y dos años. Allí estaban los agricultores autóctonos y los temporeros procedentes del sur, estos últimos con la piel morena pelada de trabajar recogiendo espárrago de sol

a sol, y también varias cuadrillas de jóvenes, algunos de ellos apenas asomando los granos de la adolescencia.

Yo acudí a toda esta parafernalia como parte del primer grupo, el de personalidades y allegados, y lo hice muy a mi pesar, rezagado en una esquina lo bastante lejos del ataúd como para no ver el cadáver ni de refilón, pero lo bastante cerca de la mesa de picoteo como para no tener que alargar demasiado el brazo. Entonces la madre de Laura (Conchi o Rosi o algo así acabado en «i») me reconoció como ese nieto de la María Luisa que había estado haciendo prácticas con su hija en el periódico los últimos tres veranos. Su rostro de lágrima cansada improvisó una sonrisa cuando le di dos besos; piropeó mi conjunto, mi juventud y mi planta y ya no hubo marcha atrás, el foco se había puesto en mí y de pronto estaba siendo empujado escaleras arriba hasta el primer piso, donde la mujer no paró de ofrecerme pinchos de pimiento y todo tipo de lujos reservados para el ámbito privado que los peces gordos de la vida local ni olisqueaban desde abajo.

Fueron varias las miradas rencorosas que esquivé mientras Conchi, o Rosi, me decía lo bien que hablaba Laura de mí y me cebaba amablemente a *foie-gras*, no sé si consciente del papelón que le estaba tocando conmigo o solo aturdida por las circunstancias. Es que, verás, mi presencia en la casa de la fallecida se acogía con cierta hostilidad. Lo cierto es que ni se me hubiera ocurrido no aparecer, porque sé que los comentarios sobre mi ausencia hubieran sido peores, pero perseguía un perfil bajo que, sencillamente, no funcionó, y el gesto de la Feli («Feli»: ese era su nombre) fue lo de menos. La culpa de todo la tuvo mi abuela.

3

María Luisa García de Maeztu llegó tarde al velatorio en la casona, a eso de las seis cuarenta y cinco, justo a tiempo para diferenciarse como figura relevante del mapa local y mostrar sus respetos a los familiares —a los importantes, nada de segundos grados, y, por supuesto, ni una mirada a los mangarranes esos que iban de amigos para atiborrarse de embutido en la cocina— pero, y eso yo lo sabía bien, lo suficientemente cerca de las siete en punto para que nadie pusiera en duda el valor que ella, como buena católica, daba a la misa funeral en detrimento de otras frivolidades.

Escuché la inconfundible voz de mi abuela desde el piso de arriba y supe que esos escasos quince minutos anteriores a la misa le iban a ser suficientes para acaparar en exclusiva la atención del público. Cuando bajé, un débil rayo de sol entraba por la ventana y apuntaba un foco amarillento de polvo de casa vieja directamente al pecho de la abuela, de pie en el centro de la sala, grande y gorda y tiesa y orgullosa como parte viviente del mobiliario. Empezó a dar órdenes desde aquel punto estratégico que

creaba destellos en sus joyas; había traído comida caliente, empanadas de atún recién cocinadas por la tía Juana, y ahora quería que alguien la ayudase a ponerlas en la mesa y a quitarles el papel de aluminio, y de prisa, que a nadie se le ocurriese abandonar la casa sin haber probado aquellas delicias caseras antes de enfriarse.

Perdona que se me escape la risa, pero es que de verdad que nadie como ella era capaz de irrumpir a grito pelado una jodida capilla ardiente y salir airosa. Era un don que le venía de familia, un saber estar que combinaba afán de protagonismo con una exquisita educación cristiana. Así, antes de que nadie pudiera siquiera darse cuenta para tratar de evitarlo, la matriarca de los García de Maeztu había tomado el frágil brazo de su homóloga en una mano y las riendas del funeral en la otra. En un santiamén vació la entrada, disolvió el caos del piso superior y dirigió al gentío hasta la iglesia, territorio donde supo apartarse con gran acierto en favor del párroco Don Miguel. Tras la misa, en la que mantuvo un ojo en el altar y el otro en el perfil cansado de la madre de Laura, insistió en acompañar al grupo, ya reducido a familiares y amigos cercanos, al cementerio donde se llevó a cabo el entierro.

—Feliciano, ni una palabra más. Las mujeres tenemos que estar unidas en momentos como este —le dijo a la madre de Laura a la salida del templo. Se refería de soslayo a que la pobre Feli estaba sola, pues no solo acababa de perder a su única hija, sino que hacía pocos meses que se había quedado viuda. Y para mi abuela todos esos hermanos, primos, sobrinos y amigos que la acompañaban eran ruido de fondo—. Tú también. Vamos, ni se te ocurra —me dijo a mí, tan bajito que casi tuve que leerle los labios, pero ni falta que hacía. ¡Cómo iba yo...! La abuela me habría lanzado una de sus miradas de líder del Cuarto Reich y habría sacado de su blusa negra de terciopelo un

tercer brazo para clavarme en el suelo del camposanto. No, no, yo hice el trayecto al cementerio sin rechistar, y lo hice solo, pues no conocía a nadie más que de vista.

La abuela iba en primera fila, acompañando a la Feli del brazo. Iban las dos vestidas de un ébano pulcro, justo detrás de la caja transportada por los hombros de cuatro hombres. Sus cortas y pálidas sombras de agosto nublado coreografiaban movimientos serpenteantes en el camino de piedra, y yo fijé ahí la atención, temeroso de alzar la vista y enfrentarme a toda esa gente que me juzgaba en silencio. Todo por hacer las cosas mal, deprisa y corriendo.

La muerte de Laura había sido el lunes por la mañana, pero una serie de días festivos en el calendario eclesiástico había hecho que el cura se negase a celebrar el rito fúnebre hasta el jueves. Mientras los rumores de la triste noticia estallaban en los grupos de WhatsApp, yo mismo tuve que ir al lugar del accidente, hacer las fotos pertinentes del coche hundido en el pantano, hablar con la policía y pedir a vecinos y conocidos alguna declaración sobre la fallecida. Para el mediodía, El Nieto había tenido tiempo de tener tres ataques de ansiedad, sentado en su escritorio de colono inglés. «Nieto» es un sobrenombre que esta vez no me invento yo, sino que es la forma en la que se conocía a mi jefe, editor y comercial de *La Gaceta de Ariza*, del que ya habrá tiempo de hablarte largo y tendido. Me llamó quince veces, solo le cogí dos, pero bastó para que me metiera prisa en aceptar de forma indefinida el puesto de la difunta. Ni una sola palabra sobre Laura. Para qué. Las estaba guardando todas para situaciones públicas que mereciesen la pena.

—Has trabajado los últimos veranos como becario y la has sustituido todo este mes —fueron sus únicos argumentos para contratarme. No se molestó en reunir un par de aptitudes positivas por las que estuviese interesado

en mí, más allá de tratarse de un imprevisto incómodo para él. Ni siquiera recitó el típico discurso de jefe sobre aportar valor al proyecto. Porque qué proyecto. No había proyecto. De *La Gaceta* también hablaremos más tarde—. No podemos permitirnos parar ahora. Y para ti, bueno, es una grandísima oportunidad laboral. A tu edad y tal y como está el patio... —Etcétera, etcétera. Me entraron escalofríos al dejar entrar en mi mente imágenes perturbadoras del cuerpo de Laura, hinchado por las horas sumergido en el lago, junto a las de las manos manchadas de sangre de Lady Macbeth, conspirando para usurpar el trono.

—Nieto —contesté. Nos pedía que le llamáramos así—, hablamos mañana, ¿vale? Tengo que acabar esto cuanto antes. —«Esto» era la doble página sobre el accidente, que se publicaría con mi nombre. Esta vez, estaba seguro, los lectores sí iban a fijarse en el autor. E iban a apalearlo.

Al día siguiente salí a la calle nervioso, como siempre que se imprimía algo firmado por mí, pero con el agravante de que ahora ese algo importaba, a diferencia de cuando escribía un reportaje sobre, digamos, las nuevas técnicas preventivas contra el hongo de la patata. Creí que alguien se abalanzaría sobre mí para llamarme buitre o amarillista, pero me sorprendió el ambiente silencioso incluso en las cafeterías, donde pude ver gente agrupada frente a las páginas abiertas del diario. Nadie parecía indignado, sino todo lo contrario, y, cuando entré en la redacción de *La Gaceta de Ariza*, El Nieto me felicitó:

—Es el equilibrio perfecto entre lo robótico y lo sensiblero. —La cagó un poco con la elección de palabras, más apropiadas para un vibrador defectuoso de inesperadas virtudes que para un texto, pero hablar mal y a destiempo era una de sus tantísimas cualidades. Había que quererlo.

—Gracias, Nieto —respondí.

—La familia ha llamado —añadió él, y el corazón me dio un vuelco. Lo habían leído. Pues claro que lo habían leído

—. Nos da las gracias por el tacto.

Respiré, aliviado. Entonces vino la preguntita:

—¿Has considerado la oferta?

4

Eso fue el martes. Para el jueves, día de mercado y funeral, las habladurías ya se habían propagado por todos los anillos que forman el plano circular de Ariza-Lenea. Pero yo ya venía preparado del día anterior por algo que se le *escapó* a la sabia voz de mi santa abuela. Fue en la cena, mientras la tía Juana nos servía sopa de pescado, justo después de recibir el único comentario negativo que había oído hasta el momento sobre mi trabajo del lunes de infortunio.

—Cariño, se me olvidó comentarte lo bien escrito que estaba lo de la pobre Laurita —empezó así, suave, esponjosa, calmando la piel antes de la bofetada. Yo la miré y apoyé, atento, la cuchara en el mantel—. Qué delicadeza. Qué orgullosas nos haces sentir. Y tus padres... Bueno, no me voy a poner ahora toda sensibloná, pero ya lo sabes, tienen que estar mirándote desde el Cielo y pensando, ¡de dónde ha salido este chico, si está hecho un hombre! Era una situación tan difícil...

—¡Difícilísima! —gritó la Juana desde la cocina, al ritmo de platos repiqueteando dentro del balde de fregar.

Cuando estaba sobria, mi tía era mujer de pocas palabras, acomodada en la repetición, en ser un eco lejano en el templo de verborrea que era su madre. Mi mayor obsesión desde que tengo memoria era llegar hasta el origen de ese eco.

—Juana Mari, cállate, que estoy hablando —gritó la abuela con los ojos en blanco. Y luego me dijo, más bajo, como para que quedase entre ella y yo—. Pues sí, orgullosísimas estamos las dos. Y todos en el pueblo opinan lo mismo. ¡Pero si ni quedaban ejemplares en el quiosco y tuve que ir a leerlo a la panadería! Aunque, ay, hay un pequeño detalle que... es una tontería, pero... —Se me erizó la piel y me preparé para el impacto—. Queda un poco frío, ¿no? Lo de no haber puesto un obituario. —Plas. Ahí estaba, la mano abierta de mi queridísima abuela contra mi mejilla—. No, digo, o una cartita así, personal, firmada por El Nieto... o por todos, vaya. ¿No se os ocurrió publicar algo bonito para despedirla? Ha trabajado años y años en la empresa y ha sido una periodista excelente. Vamos, eso dicen. ¿Eso dicen, no, Juana Mari? ¡Juana Mari! Está sorda. Bueno, yo no sé de estas cosas, la Juana es la que domina, estará quitando la ropa del tendedero, no sé por qué se pone a hacer estas cosas cuando estamos cenando. Luego que se le queda la sopa fría. ¡Juana María!

Mi abuela habló mucho, muchísimo, como siempre, y en otras circunstancias la habría interrumpido, pero en esta ocasión no supe qué decir. Era un detalle que a mí se me había pasado por alto y me odié por ello, aunque más odiaba al inútil de El Nieto. No me pude creer que no se le hubiera ocurrido; tenía que venir aquí la octogenaria a tirarnos de las orejas. Pero la verdadera bomba llegó a

continuación, justo después de que yo aprovechara un silencio para decir eso de:

—Jo, abuela, pues ni idea. El Nieto no dijo nada; yo creo que ni se dio cuenta. Vamos, ni él ni ninguno. —«Ninguno», en una empresa como *La Gaceta*, lo constituíamos la impresionante cantidad de tres personas: El Nieto, Sara Puerta (que hacía las veces de fotógrafa y diseñadora gráfica) y yo.

—Ay, que no quiero que te sientas mal, ¿me oyes? Estas cosas pasan y ya sabes también cómo es la gente de quisquillosa. Que te das dos vueltas por la calle Mayor y ya tienes a la Marisol con la cartilla. Esa pesada, que se cree que lo sabe todo. ¡Bien, hombre! Hablar por hablar. Imagínate lo que cantan esas cotorras, que ya estaban todas enteradas de que te han cogido en el periódico. Y ya tenían una opinión al respecto, cómo no. Y eso que conmigo se cortan, ¿eh? Como soy tu abuela y saben lo mucho que nos queremos en esta casa... Ay, Juana, aquí estás. Que le decía a tu sobrino que la Laurita, Dios la tenga en su Gloria, se pegó media vida entre las cuatro paredes de esa redacción escribiendo como una condenada, y que lo hacía divinamente.

—Ah, sí —farfulló la tía Juana.

Me lanzó una mirada cómplice y luego huyó de la conversación abalanzándose sobre la sopa con la brusquedad que la caracterizaba. La abuela se quedó viéndola sorber, asqueada. Yo aproveché:

—¿Qué dice la gente de lo mío? —Hice amago de seguir con la sopa despreocupadamente, pero me pareció conveniente subrayar—. No es que me importe, ¿eh?

La abuela apartó la vista de su hija y su semblante se relajó para de inmediato ponerse a fruncir el ceño y sacudir la cabeza.

—Mira, he tenido que oír de todo —dijo—. Y mezclado también con lo del obituario. Que si tiempo para despediros de la difunta no habéis tenido, pero para reemplazarla bien de prisa que os habéis dado... Ya sabes, esas cosas que se dicen sin saber.

—Ya... —dije yo, pero la abuela no había acabado.

—Es una empresa como otra cualquiera. Anda que no hemos tenido casos como ese en Tabarnea. ¡Un porrón! Y eso no quería decir que tuviésemos más o menos respeto por los muertos. A todos los funerales he ido yo. Y a las viudas se les pagó todo todito de lo que les correspondía. Pero es que la vida es así. ¿Qué hacemos, si viene detrás otro que también quiere comer? Además, que a rey muerto, rey puesto. De toda la vida, vamos, digo yo.

La tía Juana asintió, pero no dijo nada. Yo no sabía dónde meterme. Había aceptado el puesto sin parar a valorar que la eficacia de un trabajo como el mío se basa, en gran parte, en la buena relación con los vecinos. Y ya estaba imaginando los calificativos. La culpa la tenía el idiota de El Nieto por no saber hacer las cosas. ¡Si ni siquiera se le había ocurrido lo del puto obituario! A mí me hubiera dado igual trabajar unas horitas más aquel lunes que ya estaba siendo un lunes de mierda. Como si la sacábamos en portada o en un jodido suplemento especial. Todo estaba mal. Todo estaba muy mal.

—Bueno, a mí me lo ofrecieron y dije que sí. Si eso, que se lo digan a El Nieto —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sí, sí, vamos, está claro —dijo la abuela forzando una sonrisa.

Juana salió al rescate, más o menos.

—Tú hiciste lo que tenías que hacer —dijo, echándose la servilleta al hombro con esa seguridad chabacana que

destilaba siempre, como de *madame* sabionda de burdel parisino. Su comentario me reconfortó, pero aun así dije:

—Me voy a la cama. —Y me fui a la cama.

5

Es extraño, volver a hablar en voz alta del entierro de Laura después de tanto tiempo. He soñado tan a menudo con ese momento; casi a diario me he despertado con las sábanas mojadas por el tacto de mi abuela soltándome la mano huesuda, enroscada en anillos de oro y plata, para coger del suelo un puñado de tierra hambrienta y lanzarla dentro del hoyo. Todas las noches la sepultan y ya no me quedan recuerdos de la tarde en cuestión, solo las imágenes distorsionadas de la pesadilla, pues es siempre la misma y la he soñado más veces que vivido la memoria.

Mi abuela y yo estamos juntos por fin, de pie ante el vacío donde piensan encajar a Laura, y allí no hay nadie más, solo los sepultureros y el ataúd que desciende al ritmo de timbales a dos metros bajo tierra. La caja choca contra el fondo y escucho el primer ruido que hace el polvo baldío contra la madera. Viene de manos flotantes que recogen la tierra, de labios que la besan y más manos que la devuelven con suavidad. Pero la abuela y yo estamos solos y no hay fango en el mundo capaz de llenar ese agujero, y

yo solo puedo pensar en que la portada del periódico del día está mal y que es mi culpa. Así que me arrodillo en el borde del precipicio y me pongo a ayudar con mis propias manos a los dos sepultureros, pensando que nada puede hacerse, porque la edición ya está impresa. Se me ocurren, sin embargo, mil maneras de mejorar el desaguisado, tal vez metiendo más vocales y menos la letra «F», o utilizando en el reportaje la palabra «civismo» en lugar de «limpieza», que suena tan plano. La limpieza se hace en el váter, pienso, y los años pasan volando. La tierra se incrusta en mis uñas, se mezcla con mi sudor, mancha mi traje. Entonces empiezan los murmullos.

- Qué vergüenza...
- Es un trepa.
- Niñato ignorante.
- Sabandija.
- Mosquita muerta.
- Forastero.

Levanto la mirada, postrado en el suelo con las rodillas hundidas en el túmulo recién improvisado, y veo doscientos pares de pupilas puestas en mí y ni rastro de la abuela. Los ojos están pegados a un cuerpo de piel acartonada y gris, y al fijarme bien veo que se trata de papel de periódico. Es la noticia sobre Laura, pero la foto no es la que publicamos, sino otra mucho más grotesca del cuerpo destrozado de Diana en el Puente del Alma, y el texto no tiene sentido, es la palabra «muerta» repetida cien veces. Eso no es lo que yo escribí.

Es una trampa, yo lo sé, un castigo por lo que hice, y ayudar a los sepultureros o intentar cambiar el titular no va a calmar las ansias de venganza. El último comentario, el de la Feli, es el que más me duele:

- Asesino.